

**Apuntes de la presentación de la Escuela de comunidad  
con S.E. monseñor Filippo Santoro  
en conexión por video desde Milán, 9 de febrero de 2022**

*Texto de referencia: L. Giussani, Dar la vida por la obra de Otro, Encuentro, Madrid 2022, pp. 14-27.*

### **Davide Prospero**

¡Buenas noches a todos! Por fin nos encontramos para retomar el trabajo de Escuela de comunidad sobre el texto que nos acompañará los próximos meses, *Dar la vida por la obra de Otro*, el último libro de don Giussani. Como prometí, está aquí con nosotros Su Excelencia monseñor Filippo Santoro, quien, aparte de arzobispo de Taranto, es también Delegado Especial del Santo Padre para los *Memores Domini*. Esta noche nos introducirá en la primera parte del libro (pág. 14 a pág. 27), sobre la que trabajaremos estas semanas, hasta el próximo encuentro del 23 de marzo.

### **Filippo Santoro**

Yo empezaría con una oración porque, sin el don del Espíritu, no podremos entender –como mensaje para nosotros, como propuesta para nuestra vida– todo lo que nos decimos y comunicamos. Por ello, invoquemos al Espíritu Santo.

*Desciende, Santo Espíritu  
Veni Sancte Spiritus*

Yo también os saludo a todos: buenas noches aquí, buenos días o buenas noches en otras partes del mundo. En este momento todos juntos estamos unidos para profundizar en el texto de don Giussani *Dar la vida por la obra de Otro*.

Es justamente por la obra de Otro por lo que me encuentro aquí presentando el nuevo texto de la Escuela de comunidad y también siguiendo a los *Memores Domini* como Delegado Especial del Santo Padre, a partir de una petición suya explícita y cordial.

Nunca habría pensado en estas dos tareas tan importantes y ajenas a todas mis previsiones. Ya me ocupa plenamente la labor de la archidiócesis de Taranto y el trabajo de la pastoral social, que culminó en la 49ª Semana Social de los católicos italianos, celebrada en Taranto el pasado mes de octubre, con la participación de casi todas las diócesis italianas.

Como dije en el retiro de Adviento de los *Memores Domini*, esta petición del papa Francisco tiene en mi vida el mismo peso que la que me hizo don Giussani en 1984, cuando me propuso ir de misión a Brasil con una invitación sencillísima y clara: «¿Te gustaría ir a Brasil?»; aquel «¿te gustaría?» me cautivó. Era una invitación directa. Sentí interpelada mi libertad, no frente a un deber, sino ante una voz inconfundible que me pedía fiarme de nuevo y totalmente de Alguien que ya había empezado a conocer y que proponía un plus a mi vida. Con el corazón y el ímpetu propios de la juventud, dije sí, afrontando con paz incluso el sacrificio que se me pedía: dejar a mi madre anciana y enferma, los compromisos diocesanos y tantos amigos. Se trataba de seguir a otro más allá de mis planes. Lo mismo ha pasado con la invitación del Santo Padre, que me ha provocado a responder nuevamente y decirle sí con toda mi libertad.

La nueva tarea empezó con una sorpresa. Me vi inmediatamente impactado por una luz extraordinaria debido al sí de 52 novicios de los *Memores*, que me pidieron hacer la profesión con una libertad, una verdad y una belleza que demuestran que el carisma está vivo. Chicos y chicas atractivos, con carrera, afirmando que la forma más verdadera de vivir es entregarse totalmente a Cristo porque en Él está la plenitud de la vida. Esta luz ha iluminado todos los encuentros que he tenido con los *Memores*, empezando por las casas de Taranto y varias regiones de la Italia meridional, y luego viajando a España, en conexiones por video con los *Memores* de Estados Unidos y por último en América Latina, donde he podido encontrarme personalmente con mis amigos brasileños y por Zoom con todos los demás.

En este periodo, escuchar la vida de la gente está precediendo cualquier intervención de tipo canónico o jurídico, aunque también es necesaria. Implica mi persona y me remite a un trabajo personal de la Escuela de comunidad, que da un gusto nuevo a mi vida y a los compromisos de mi ministerio. Por concretar, hay que dedicarle al menos diez minutos diarios para que la vida de cada uno de nosotros pueda tomar una dirección nueva. Sin un trabajo de la libertad, no hay crecimiento personal. Como sacerdote y obispo, tengo la liturgia, el breviario, el rosario, los pobres, los sacerdotes, la tarea de recomponer el injusto conflicto en Taranto en defensa de la salud, el medioambiente y el trabajo, pero con todo eso no renuncio a mis diez minutos de Escuela de comunidad. Es realmente un consuelo y un gran respiro, y al mismo tiempo un trabajo.

Dentro de esta novedad que ha entrado inesperadamente en mi vida, esta noche tengo la tarea de presentaros, con el compromiso de ser breve, la primera parte del texto que recupera los Ejercicios de la Fraternidad de 1997.

Para muchos de nosotros que entonces no estaban, conviene contextualizar esa circunstancia ya lejana. Don Giussani, a diferencia de todas sus intervenciones anteriores, esa vez no habló sin papeles. Estábamos acostumbrados a “ver” ante nuestros ojos un discurso que “sucedió” en directo, que se movía entre el guion, los apuntes, las citas y las cartas que don Giussani iba acumulando durante las semanas y días previos, llevando en el corazón los rostros de su pueblo. Debido a las molestias causadas por su enfermedad, ese año decidió escribir su intervención para grabarla después con un grupo de amigos. El video propuesto tenía por tanto una densidad especial, propia de un texto pensado palabra por palabra, que es el texto que nos disponemos a trabajar.

Además, como él mismo dijo, ese discurso quería representar el contenido de conciencia madurado durante aquellos años, el culmen de su pensamiento, de su manera de vivir el Misterio y el acontecimiento cristiano. En esta dirección, y para adentrarnos en el texto, hay un extenso prólogo de Julián Carrón.

Por tanto, emprendemos juntos un trabajo que sin duda es complicado, pero es aún más fascinante, diría casi intrigante.

## Introducción

Empecemos prestando gran atención a la Introducción de la lección porque, en cierto sentido, contiene el corazón de la propuesta que nos hace don Giussani (a partir de la página 14).

1. En primer lugar, don Gius identifica un momento histórico, la muerte de Luis XIV de Francia (estamos en 1715), como el signo de una época donde predomina el **racionalismo**. El hombre ya no tiene límites y pretende ser la medida de todas las cosas. Hoy este camino ha llegado prácticamente a su culmen: el racionalismo ya representa una postura generalizada. Pude comprobarlo en Taranto cuando el Rector Magnífico de la Universidad de Bari inauguró la Facultad de Medicina y dijo, con palabras del filósofo sofista Protágoras, que «el hombre es la medida de todas las cosas». Cuando tomé la palabra, quise hacer un comentario. Solo me habían pedido la bendición, pero no me parecía oportuno callar. Así que dije: «Bien, el Rector Magnífico citaba a Protágoras de Abdera pero, puesto que nos encontramos en Taranto, capital de la Magna Grecia y patria del filósofo platónico Arquitas, no puedo dejar de citar a Platón que, en su obra *Las leyes*, afirma que “Dios es la medida del hombre”». Al fin y al cabo, hay que defenderse, ¡y atacar!

2. Frente al predominio del racionalismo, ¿qué sucede? La Iglesia retrocede. **Se recluye en el plano pastoral** para defender la «moralidad del pueblo». Por ello se dedica a la pastoral, para mejorar la vida de la gente, etcétera.

3. ¡Atención! Dedicarse a la pastoral está bien, pero se hace **dando por descontado la evidencia – para los creyentes– del contenido dogmático**. Como diciendo: «Eso ya lo sabemos, hay que esforzarse en la acción, punto final».

4. Don Giussani añade: «Y así se favoreció una falta de defensa y alimentación de la fe del pueblo de Dios, puesto que es **por medio de la acción cultural** como ahonda y se vuelve históricamente fecunda la vida de un pueblo, en pro o en contra de la tradición cristiana que ha construido la civilización occidental» (p. 14).

Detengámonos en estos pasajes de la página 14 que acabo de leer para descubrir lo apropiados que son para interpretar el “mundo” en que vivimos, así como la manera en que se presenta gran parte de la Iglesia y cómo nosotros mismos concebimos y vivimos la existencia cristiana.

*Primero.* Vivimos en un contexto donde la razón pretende ser medida de todas las cosas. ¿Acaso no hemos llegado a un punto en el que esa pretensión adopta semblanzas que solo pocas voces proféticas podían prever hace 25 años? Ni siquiera el inicio y el fin de la vida, la naturaleza del matrimonio o la identidad sexual de la persona son un “dato” que acoger, ya no se reconocen como algo donado por el Misterio, sino que dependen del arbitrio racionalista del hombre.

*Segundo.* En su teología, «la Iglesia, atacada por el racionalismo, ha subrayado la ética en su pastoral al pueblo [...], dando por supuesta y casi obliterando su fuerza original, la ontología» (p. 22). La Iglesia subraya la ética: «Portaos bien», olvidando la ontología; no olvidándola, sino dejándola en segundo plano. Se subraya, por tanto, la moral, vista por cada uno según sus buenas razones, según las características propias del contexto en que vive, según su propia sensibilidad. De ahí el énfasis que se hace en la Iglesia como defensora de la familia y la vida, de los pobres y de la justicia social, de la identidad y la moral sexual, del medioambiente, y así podríamos seguir enumerando.

Que quede bien claro, todos ellos son acentos muy valiosos, aspectos importantes, pero el problema surge cuando esos contenidos morales (o pastorales) ocupan el corazón mismo de la «alegre noticia» de la Iglesia. ¡Es como pretender imprimir velocidad al tren con los vagones y no con la locomotora! Es bueno implicarse en todas estas cosas, pero hay un motor que determina la calidad de nuestro juicio sobre todos estos aspectos.

*Tercero.* Llegamos al tercer paso: el descuido del elemento dogmático, del contenido propio del anuncio cristiano. «Creo que el genio del movimiento que he visto nacer –escribía don Giussani en su última carta a Juan Pablo II en 2004– consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más» (*Huellas*, n. 4/2004), la pasión por volver a los aspectos fundamentales del cristianismo.

*Cuarto.* Es sorprendente el cuarto paso de la Introducción: dar por descontado el contenido dogmático (la ontología, dirá en la lección) coincide con el declive de la actividad cultural, que profundiza y genera la vida del pueblo. ¿Por qué es importante señalar este paso? Porque muestra que la raíz de la cultura está en la ontología, en el Ser, en el Acontecimiento. La cultura –nos ha dicho muchas veces don Gius– se identifica con «*para quién se vive*». Eso significa que la defensa de la vida y la familia, el amor a la justicia social y la protección del medioambiente no representan el corazón de la actividad cultural del cristiano, sino solo las implicaciones de una ontología reconocida y vivida.

Antes de pasar a sugerir una clave de lectura de las dos lecciones de don Giussani, quisiera concluir esta Introducción deteniéndome en un **aspecto metodológico** que he percibido leyendo el texto con calma. Es un texto que hay que meditar y leer con calma. ¿Cuál es este aspecto metodológico que quiero señalar?

Lo que está escrito en estas páginas **no nos lo sabemos**. Partamos de la hipótesis realista de que nosotros *pensamos* de otra manera. Vivimos dentro, totalmente inmersos en la reducción del hecho cristiano que este texto denuncia. Pensamos como todos, y por ello es importantísimo el trabajo de la Escuela de comunidad.

Como dijo una vez don Gius dirigiéndose a un grupo de responsables (cito de memoria): «Vuestro problema no es de coherencia, no es un defecto de aplicación. Es un problema de mentalidad: vosotros no pensáis como pienso yo». Hace falta, por tanto, una conversión de la mentalidad.

No debemos escandalizarnos por este juicio que, de hecho, vuelve a aclarar la naturaleza del camino que retomamos hoy. Se trata de una *escuela*, «Escuela de comunidad». Y como en cualquier escuela, hay veces que cuesta entender, hay unos que nos ayudan más que otros, hay un diálogo donde la conquista de uno llega a ser patrimonio de todos. Por eso será posible plantear preguntas a las que responderemos en la próxima ocasión si algo no queda claro en mi explicación, para ayudarnos a captar los puntos de este cambio de mentalidad.

Vayamos pues a la primera lección.

## «Dios todo en todo»

### 1. Un nuevo punto de partida: la ontología

Quiero señalar ante todo que esta lección, igual que la siguiente, está *plagada de preguntas*. Don Giussani hace una pregunta tras otra, nos apremia para desarraigar una cierta manera de pensar. Él mismo se hace las preguntas más radicales, esas que son propias de un hombre que, ante el umbral del Misterio, piensa en el misterio de su propia existencia, de su propio ser. En este tiempo de pandemia, se nos ha reclamado a todos a pensar en el misterio de nuestra vida. Hemos salido de esta, pero nos ha tocado de cerca, hemos perdido a muchos amigos y seres queridos, muy queridos, ¿cómo no va a urgirnos la pregunta sobre el Misterio y sobre el misterio de nuestra vida? ¿Cómo puedo hablar con una amiga con tres hijos que ha perdido a su marido por el Covid, siendo aún joven, si no es mirando de frente al Misterio y al misterio de nuestra vida? Si no nos identificamos con esta postura vertiginosa, si no afrontamos el cansancio del camino y del trabajo, no captaremos las respuestas que encontremos a lo largo del recorrido con toda su verdad y su belleza.

Pues bien, la primera lección plantea un interrogante radical: «¿*Qué es Dios para el hombre?*». La respuesta nos la da san Pablo. «Dios es todo en todo» (1Cor 15,28).

El punto de partida es por tanto **ontológico**. Se parte de la realidad tal como es: «¿Para el hombre Dios lo es todo!» (ver p. 54).

Pero enseguida don Gius se apresura a decir que, si «Dios es todo en todo», el hombre no queda anulado (como diciendo: Él lo es todo, así que nosotros no somos nada), sino que, por el contrario, es exaltado. Lo expresa de dos maneras:

- «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para mirar por él?», dice el Salmo 8. Y don Gius comenta: «Sin embargo, nosotros constituimos ese nivel vertiginoso de la naturaleza en el que esta adquiere conciencia de sí misma» (p. 16). El yo de cada uno de nosotros es la **autoconciencia** del cosmos.

- Y más adelante dice: ante este “todo”, «ante este Señor, el yo humano siente **sed** de Él. El yo humano tiene sed de este Dios» (p. 17). El yo tiene sed de eternidad.

Por tanto, ante la afirmación de san Pablo —«Dios es todo en todo»—, lo que nos define son estos dos aspectos: la **autoconciencia** y la **sed**. Aquí radica la esencia, la ontología, la grandeza del hombre: la autoconciencia y la sed, es decir, el deseo.

### 2. Dos tentaciones: nihilismo y panteísmo

Don Giussani entra aquí en el núcleo de la cuestión, insistiendo en partir de la ontología. «Pero si Dios lo es todo, yo, ¿qué soy? Tú, ¿quién eres? [...] Flores y estrellas [...] ¿qué son? [...] La realidad tal como aparece en la experiencia, es decir, tal como aparece ante la razón del hombre [...] está hecha por Dios, [está hecha] “de” Dios [que es la consistencia de la realidad]. El Ser crea de la nada, es decir, hace partícipe de sí mismo» (p. 17), da el ser a todas las cosas. Más adelante dirá que crea al hombre como «ser participado» (p. 24).

De aquí deriva «la percepción del carácter contingente de la realidad, o sea, del hecho de que *la realidad no se hace por sí sola*» (p. 17), como hemos repetido constantemente durante estos años, retomando el capítulo décimo de *El sentido religioso*.

Sin embargo, el hombre se desvía de esa percepción vertiginosa (que en este momento no me hago a mí mismo). En vez de asombrarse por ser hecho en este instante, se desvía hacia otra parte; en lugar de conciencia y sed, el hombre cede a la tentación de pensar que todo eso es ilusión y que nada tiene consistencia. En lugar de la autoconciencia y la sed, surge la tentación de deslizarse hacia la nada. Se insinúan así las dos grandes tentaciones que sacuden nuestra vida, tal como han sacudido y recorrido toda la historia de la humanidad:

- el **nihilismo**: las cosas que tienes, las personas con las que vives, son nada, no tienen una consistencia última. No es que sean nada, es que no tienen una consistencia última.
- o el **panteísmo**: el yo es una parte indistinta del todo, del «gran mar del ser» en el que seremos absorbidos definitivamente el día de nuestra muerte (p. 18). Una disolución indiferente e indiferenciada de nuestro ser, perderse en la nada mientras cada uno de nosotros desea una eternidad personal, mientras yo deseo que mi vida continúe.

Fijaos, no se trata ante todo de teorías, sino de posturas “prácticas” en las que caemos inexorablemente.

¿Cuál es la consecuencia existencial del nihilismo y el panteísmo? Aquí don Giussani da un paso que primero nos sorprende, pero que –si nos fijamos con atención– se convierte en un rayo de luz que deja al descubierto el dinamismo de la vida, tanto social como personal. «Si el hombre quema el contenido de la [propia] experiencia diciendo que la realidad no es nada [nihilismo] o que es parte indistinta del ser [panteísmo] total, entonces no existe nada fuera de él, es el único dueño de sí mismo» (p. 21), como diciendo: mi vida la decido yo.

Así, ante el impacto mecánico de las circunstancias, solo queda entonces el ejercicio del *poder*, un doble poder:

- un poder que «tiende a ser dictatorial; [...] como única fuente, única forma de orden, efímero, pero posible» (p. 19). Sin una consistencia última, a falta de una consistencia última, solo importa quién tiene más poder. Obviamente, esto vale *para los pocos que lo consiguen*. Es el espectáculo que tenemos ante nuestros ojos: desde poderes económicos fuertes que regulan el mundo, al poder de la magistratura o la prensa, o el grotesco personalismo de tantos líderes de partido;
- pero hay un segundo aspecto: *la mayoría, obviamente, no lo consigue*. Y no les queda más que una vida de esclavos: esclavos del poder de otros. Si no hay una consistencia última en las cosas, domina quien tenga más poder.

En este punto, don Giussani nos pone alerta. Porque el poder no es solo el del Estado o el regional. Esta cita es preciosa: «Cuanto más pequeña y restringida es la sociedad a la que se pertenece, más se depende de quien ostenta el poder en ella». Esto nos debe poner en guardia ante cómo vivimos en nuestra familia, en la empresa donde trabajamos, incluso en nuestra comunidad o en nuestro grupo de Fraternidad. «Cualquier relación deriva en poder, en violencia» (p. 21). Por tanto, la afirmación de que todo es nihilismo o panteísmo no es inocente, sino que pretende afirmar un pequeño gran poder, en vez de acoger al otro como un don del Ser que se nos dona, un don que remite a ese Misterio que está en el origen de todas las cosas.

### 3. La existencia del yo

El tercer punto retoma el nihilismo y el panteísmo desde el punto de vista del binomio ontología-ética; ontología, por un lado, y ética, por otro.

Nihilismo y panteísmo, en efecto, como negación de la razón, como simplificaciones reductivas de la realidad, eluden la gran pregunta humana, que vuelve otra vez: «¿Cómo es que yo existo?». Es una pregunta inextirpable: «¿Cómo es que yo existo?, ¿cuál es mi consistencia?». «Estas preguntas identifican el nivel ontológico [...] del problema. Por el contrario, el racionalismo nihilista o panteísta ha resaltado precisamente la incidencia ética del problema [humano], reduciéndolo todo a la afirmación del hombre [reduciéndolo todo a la afirmación individualista de uno mismo]; y la afirmación del hombre es [...] una violencia frente a sí mismo y frente al misterio del mundo» (p. 22).

En este punto se insertan las tres palabras clave que describen la misteriosa condición existencial de cada uno de nosotros. Como veis, ¡hace falta invocar al Espíritu para seguir el camino! Son todos pasos densos, pero extraordinariamente hermosos.

### ***Libertad***

Don Gius nos dice ante todo algo sorprendente. Hemos visto que el hombre es partícipe del Dios que es todo en todo; no una parte, ni un pedacito de Dios, sino partícipe de Dios porque recibe el ser de Dios. Pero hay un punto en el que su ser se “sustra” al inevitable ser partícipe del Ser: la libertad. Este es el verdadero misterio de la creación. El Misterio ha creado algo que no se identifica con Él mismo. «La libertad es lo único que aparece ante la razón como fuera de Dios». Ciertamente, «puesto que el Ser lo es todo, la libertad es reconocer que Dios lo es todo». En efecto, «el Misterio ha querido ser reconocido por nuestra libertad [yo puedo decir: “Te reconozco”, pero también puedo cometer la estupidez de no reconocerlo], ha querido engendrar su propio reconocimiento» (p. 23). Por tanto, Dios ha querido correr ese riesgo. Ese es el verdadero misterio de la creación. ¡Qué abismo tan vertiginoso ante la libertad! Dios ha creado algo que puede decirle que no, que puede decir que Él no tiene nada que ver con su vida cotidiana, con el día que hemos vivido, con los encuentros que hemos tenido, con todo lo que hay. Solo quedamos nosotros, pequeños o grandes siervos del poder.

### ***Petición de ser***

«En cuanto libertad, la naturaleza del ser participado se expresa [...] como *oración*», que existencialmente «es petición, “petición de ser” [yo pido ser, por eso hemos empezado pidiendo al Espíritu. *Sine tuo numine nihil est in homine*, sin tu poder no hay nada en nosotros, nada sano, santo ni salvo]. Dios quiere que haya alguien que le pida ser» (p. 24). Bien mirado, todo lo que hace el ser participado («ya comáis, ya bebáis, ya durmáis, ya veléis») es oración en sí, petición de ser, es decir, petición de cumplimiento.

Por ello, la afirmación de las novicias y novicios que hacían la profesión –«porque en ese “sí” está el cumplimiento de mi vida»– es petición de cumplimiento, es siempre petición: «Realiza Tú mi vida, con toda la fragilidad que me constituye; cúmpleme, realiza mi ser, realiza lo que yo soy».

### ***Pecado (La elección de la extrañeza)***

Ante esta petición de ser, junto a esta petición de ser, hay un tercer aspecto: el pecado, que es la elección de la extrañeza. El pecado es no reconocer que Dios es todo. «El pecado es [...] cualquier aspecto de la acción que pueda dejar de ser coherente con que “Dios lo es todo”» (p. 25).

Como para Adán y Eva, el pecado es seguir a un extraño, algo extraño a nuestra propia experiencia. ¿Quién era ese extraño? La serpiente, el tentador.

«Al rebelarse, el hombre se adhiere a una realidad que es ajena a su ser, se adhiere al “mundo”, como dice Jesús, es decir, a la suma del poder» (p. 26). Esta es, por tanto, la elección de la extrañeza: adherirse, entregarse a un extraño, a un extranjero, al dominador, al mentiroso, entregarse al poder. El pecado como elección de la extrañeza.

Así, la vida, en vez de hallar paz e incluso alegría hasta en las situaciones más tristes, se vuelve esclavitud. Nos volvemos esclavos del mundo y –fijaos bien– cuanta más carrera se hace, más patente resulta esa esclavitud en nosotros, que nos creemos dueños del mundo. ¿Acaso esto no describe la trayectoria humana de aquellos que más espacio ocupan en nuestro mundo? Hace falta mucha sencillez y mucha humildad, como la de quien reconoce que está en su lugar y vive en paz. Durante el gesto de la profesión, una novicia me dio este testimonio: «He ido a la peluquería y la chica que me peinaba me ha dicho: “Cuánto me alegro cuando vienes porque tú vives en paz, estás en tu lugar. Me gustaría ser como tú”». Estar en paz, como afirmación de uno mismo, y no ceder terreno a la extrañeza, al extraño, al pecado. ¡Pensad en alguien que profesa así! ¡Pero pensemos también en nosotros mismos! Dios es todo en todo porque tiene que ver con la peluquera, con este momento en nuestra vida, con tantas situaciones. Esta es la consistencia última, verdadera y más fuerte de nuestro ser, sin necesidad de ir demasiado lejos.

«Mirad cuántos señores tienen los que no quieren reconocer al único Señor», decía san Ambrosio, citado por don Giussani en la página 27. Esta es la conclusión a la que llegan el nihilismo y el panteísmo. Pero justo antes don Giussani nos recordaba toda la positividad de quien vive reconociendo que Dios es todo. «Está alegre; encuentra alegría y, en todo caso, incluso paz en las situaciones más tristes» (p. 26). La consistencia de la vida es fuente de alegría, fuente de paz. Exactamente como me escribía una amiga española: «Me dicen: “¡Estás mejor que nunca!”». Una amiga con la que comí el otro día no podía creer que los tumores se me hayan multiplicado. Entonces le dije: “Vosotros identificáis estar contentos con la ausencia de problemas y con que todo vaya bien”. “La misión se cumple en el ofrecimiento de uno mismo a Cristo”. Eso significa que cualquier circunstancia es para mi maduración, y si vivo unida a Jesús le estoy ayudando en la Redención. Estoy supercontenta por esta certeza de que mi vida sirve para algo, y eso no lo cambio por nada». La cuestión no es no tener problemas, sino con quién estamos. ¿Con quién estás? Con el Ser, con el Ser que hace tu persona, que la hace ahora, la hace para siempre y le da consistencia. Por eso se sorprende su amiga: «¡Estás mejor que nunca!», ¡pero si los tumores se han multiplicado! «Si vivo unida a Jesús le estoy ayudando en la Redención». Le estamos ayudando en la Redención del mundo y nos estamos ayudando a hacer el camino de una humanidad nueva, de una humanidad distinta. «Estoy supercontenta por esta certeza de que mi vida sirve para algo, y eso no lo cambio por nada». Se siente amada dentro de una situación de fragilidad porque justo ahí brota un amor con toda su esencialidad, su poder y su cercanía.

Este es el camino que hemos aprendido en la Iglesia y viviendo en el movimiento esta compañía de personas que han vivido para la gloria humana de Cristo en un camino de santidad que la Iglesia está reconociendo, personas que pertenecen a nuestra historia. Junto a don Giussani, solo quiero recordar algunos nombres: Enzo Piccinini, Andrea Aziani, Francis de Uganda, Edimar de Brasil, Novella Scardovi, Paolo Bargigia, Pigi Bernareggi, Pier Alberto Bertazzi; son muchísimos, algunos recientes, en los que se documenta este milagro del ser.

Dios es todo en todo y Dios es para siempre. Dios está en nuestra vida, abrazada para siempre y nunca abandonada. La libertad consiste en decirle sí. Incluso en estos tiempos de revisión de los estatutos de los *Memores* y de la Fraternidad, estamos dentro de una historia de gracia, una historia cargada de la presencia del carisma vivo, signo del amor del Señor, una gracia reconocida por la Santa Sede, con la estima y el afecto personal del Santo Padre.

Buen trabajo a todos y gracias por vuestra atención.